

aumento de necesidades, mientras menos medios tienen con que satisfacerlas, y mayor apego y familiaridad con usos, trajes y costumbres que antes no admitían. Muchos airoso calañés, muchas chaquetas llenas de alamares, que sentaban á las mil maravillas en cuerpos criados para llevar estas prendas, se han convertido, los primeros en gabirus y bombardas, en estaches, como llamaban á los sombreros de copa, sin que nos haya sido posible averiguar la analogía que guardan esos nombres con los dichos sombreros; y las segundas en levitas, que en Dios y en mi conciencia, mas parece que están colgadas de una percha, que en el cuerpo de un hombre; pues á algunos sienta esto tan mal, como bien la calasera y el calañé. Ciudadano hay que si al ponerse la levita pudiera soltar los brazos y dejarlos en un rincón, podría servir muy bien de manga de parroquia en un entierro.

Respecto á moral, buenas costumbres y demás virtudes sociales, ya no hay distinción: el nivel de la civilización ha igualado á todos: la despreocupación, hija de aquella, ha hecho notables adelantos.

Por esto, no admitimos ya ninguna distinción notable entre los usos y costumbres de los habitantes de este barrio ni de ningún otro á los de la ciudad; y cuando vemos presentar en la actualidad como existentes, tipos que bien puede decirse que pasaron, sentimos en verdad que así se desfiguran hechos, y se cometen anacronismos. Hoy día, repetimos, las costumbres casi son unas; los gustos, si es que hoy hay gustos, son los mismos. De un mismo modo se hace el amor, de una misma manera los enlaces: desaparecieron las veladas y los bailes de candil; hasta los dichos picantes, hasta esas agudezas tan originales, son propiedad de todos, ó mejor dicho, nadie los usa con propiedad; y con el tiempo, acaso, solo se hallarán en los romances, y en las novelas de costumbres nacionales.

Un cuarto de hora despues de haber salido de mi casa, me hallaba á la puerta de la del Sr. Juan Lopez, quien me recibió en un estenso patio, á la sombra de una parra. Hízome sentar al lado de una mesa de pino, y mandando á su sobrina que trajese una botella y dos vasos, se sentó á mi lado. Entretanto, habia yo sacado los papeles del bolsillo y los habia estendido sobre la mesa, pronto á empezar la lectura de ellos.

—Aguárdosté un poquiyo que no muj corre naide, me dijo: entre día y noche no hay paré, y jágasosté cargo que está en su casa.

La sobrina habia traído ya la botella y los dos vasos. El tío Relámpago los llenó.

—Jesú, María y Jesé! dijo tomando uno y aproximándose el otro: vaya po la dosté.

En seguida se lo bebió.

Yo probé el mio, y dí principio á la lectura de mi manuscrito.

«Historia verídica y lastimosa, en la que se refieren los desgraciados amores del mozo bueno Estéban Lopez, con la moza María de los Angeles Berroqueña, y triste fin que tuvieron; con otras cosas que verá el curioso lector.»

—Mu bien! interrumpió el tío Relámpago; pero jágamoste la grasia e poné en lugá de Estéban Estebaniyo, que así le eclamoj, y añairle el áliaj que jasa su gloria: Estebaniyo Lopez (a) Centella. Centella, si jeñó; ya puoste presumise lo que seria. Era dino hijo de su padre; de este probe que aquí mirasté solo como el espárrago, es de que perdí al hijo e mij jentrañaj. Vaya, sigasté, que esta peniya negra dará pronto con mi cuerpo en la sepultura.

—«Todo lo que va á referirse, continué leyendo, aconteció en la ciudad de Málaga, tierra sobre la cual vertió Dios sus dones á manos llenas. Las cumbres que la rodean se ven coronadas de las ricas viñas, que producen en abundancia el gustoso néctar que abunda en sus bodegas, y el mar que la baña la adormece con sus arrullos; pero cuando conoce que su monotonía la cansa, la ofrece para divertirla espectáculos magníficos y terribles. Agítase poco á poco su tersa y plateada superficie, toma colores variados, elévase en montañas bullidoras, y parte rápida como el pensamiento á estrellarse contra la muralla, deshaciéndose en mil copos de blanca nieve. Al mismo tiempo pide á Neptuno su capilla de música, y la atruena los oídos con una sinfonía en que los serpentones hacen el gasto....

—Lo que está güeno, lo está, dijo el Sr. Juan al llegar aquí.... eso e la capiya e música me gusta; pero sobreto lo el netar es una verdad como un templo! No ostante, quisiera sabé ante je seguí en qué viene á pará toítico eso.

—Mire V., le contesté, sigue por este estilo describiendo á Málaga, la hermosura de su cielo, la benignidad de su clima, y despues entra ya la historia: «Era Estéban Lopez, etc.»

—Estebaniyo (a) Centella; que no solvíosté de muarlo. ¿Y no isosté cuando sucedió?

—Hombre, no.

—Pues oiga osté lo que ha é poné.

—Too esto susedió en la siudá de Málaga, en aquellos tiempos felises antes de la venia de los gabachos, cuando el vino no se aguaba como lo está hoy; en lo que han perdido los cosecheros é vino: prueba al canto: cuando el vino no estaba baulizao, que toítico él era espíritu y se subia á la cabeza, cualquier güen cristiano poia en ella con mas é un asumbre: ahí estaba el cuerpo pa sostenerla; y no se ijo nunca que se le hubiese esgonsao á nenguno el pescueso, aunque hebiera el vino á pasto: mas ahora que pa jasé el vino se buscan los posos, lo mesmito que en las boticas, naide puee catarlo sin que se le baje á los pieses: de aquí resulta que pierden al instante el iquilibrium y cae el santo en tierra. ¿Se le olviar á osté?

—¡Qué se me ha de olviar! le dije sonriéndome.

—Y añaa osté que con el viniyo se jueron tambien aquellas anchovas tan sabrosas....

—Hombre, le interrumpí, por lo que hace al vino pase, pero en cuanto á las anchoas....

—Es lo que le igo... O las anchovas no son las mismas, y el agua que las cria ha tenio muanza, ó esta pícara boca que ha é comé tierra ha perdido ya su virtú pa sabé lo que es güeno. Esengañese osté; yo no soy hombre é letra, pero le igo que toítico ha venio pa bajo. Con el vino se jueron las anchovas, con las anchovas aquellas bocas echas é sielo sigun sabian estinguí lo güeno, con las bocas los hombres, y con los hombres el rumbo y la calía. Con que, queamos en que lo pondrasté?

—Descuide V., Sr. Juan.

—Vaya, po ante é seguí, otro traguioyo.

Llenó de nuevo el vaso y lo apuró como el primero. Yo continué mi lectura:

—«Era Estéban, quiero decir, Estebanillo Lopez (á) Centella, un mozo moreno, con unos ojos que manaban miel y acibar, segun venia á cuento....

—¡Eso está bien! exclamó el tío Juan, cuyos apagados ojos brillaron al recuerdo de los ojos de su hijo; pero yo quisiera que en lugá de eso que manaba, pusiera osté que estilaba, ó chorreaba, que se entiende mejó.

—No hay inconveniente, le dije. —«Una patilla cor-